

DIOS Y LOS HIJOS

LOS COLEGIOS

UN COMPLEMENTO DEL HOGAR

Por el Rev. D. JESUS URTEAGA LOIDI

Y *A tenéis cuanto necesitáis para cumplir lo que Dios quiere: tenéis hijos y un hogar. Constituis una familiar cristiana. "Conservadla y defendidla... Donde ya se ha perdido..., reedificadla. Vosotros no podéis dar a vuestros hijos y a vuestra juventud nada que sea más precioso que la vida y la perfección de la familia" (Pío XII).*

Ahora quiero hablarte, aunque sólo sea incidentalmente, de la escuela, del Colegio, porque la familia no puede hacerlo todo.

A la labor del hogar habrá que añadir la que se desarrolla en el Colegio, en el Instituto, en el Liceo, en la Academia, en un Centro de educación.

Pero no olvidéis que la formación de la escuela no es más que complementaria. No os amparéis en que vuestros hijos van a un colegio para desentenderos de la formación de los mismos. La educación del colegio, en el mejor de los casos, es "necesariamente imperfecta" (Pío XII).

Sois vosotros, padres, siempre los principales educadores; no perdáis este punto de mira. Vosotros seréis siempre los principales responsables de cómo se formen los hijos.

No obstante, a la escuela, a los Profesores, a los Maestros, corresponde parte de esa tremenda responsabilidad en la educación de los hombres cristianos.

EL CORRECCIONAL

"La educación colegial, particularmente en los Institutos—está hablando Pío XII—, aunque haya dado en el pasado y en el presente buenos resultados, ha sido objeto de severas críticas en los últimos tiempos por parte de algunos cultivadores de las ciencias pedagógicas, que la consideran detestable, como totalmente inepta. Pero las críticas... no constituyen un motivo suficiente de general condena de la educación colegial en sí misma..."

Tenemos que preocuparnos todo—nos incumbe a todos—de formar nuevos colegios-hogares. Colegios que sean prolongación del hogar. Colegios que, por serlo, no tienen por qué parecerse a una cárcel, ni a un correccional, ni a un cuartel, ni a un negocio.

¿Por qué se les hace pasar por "el correccional" a los chicos y a las chicas antes de entrar en la vida?

¿Qué es lo que han hecho los muchachos para que se les haga estudiar entre rejas, polvo y muebles sucios?

Un colegio-hogar no admite nada sucio. Los colegios y las escuelas po-

bres, muy pobres, siempre pueden estar limpios, muy limpios, como los hogares.

Podemos tener colegios muy pobres y muy limpios. Pero también podemos construir grandes y suntuosos edificios con aspecto de cárcel por fuera y por dentro.

Os aseguro, Profesores, que se puede conseguir que las mesas de los chiquillos estén limpias, si es que os lo proponéis. Todo depende de lo aseados que sedís, de la importancia que déis a la limpieza. Si no habéis logrado que los chicos sientan las cosas de la escuela como suyos, vuestro Centro nunca se parecerá a un hogar.

¿Y cómo pueden sentir las cosas del colegio como suyas si todo resptra abandono y suciedad? En todo hogar, por sencillo que fuere, se reponen las bombillas fundidas y los cristales rotos. ¿Por qué no se va a hacer lo mismo en el colegio? No vayáis a considerar virtud el abandono y la dejadez.

Es cierto que he empezado el tema por la fachada, pero no os escudéis diciendo que tales cosas no tienen importancia, porque la tienen. Es una falta de orden, de decoro, de buen gusto. ¿Cuándo una escuela así podrá ser prolongación del hogar?

¡Profesores! No descuidéis el cultivo de las virtudes morales en los alumnos. Enseñadles a rectificarlas, a elevarlas, con la ayuda de la gracia, a un plano sobrenatural. ¿No dais, por ejemplo, importancia al orden? Tened en cuenta que sin orden no es posible la virtud.

Empezasteis, hace años, con mucha ilusión, ¿por qué os habéis hecho viejos? Comprended de una vez que hay que renovarse. Habéis permitido que se meta la maldita rutina en todos los métodos y procedimientos que usáis. Y la rutina arruina cualquier Centro de formación, por bueno que hubiere sido; la rutina arruina todo en el hombre.

Sigo hablando de cosas poco importantes. ¿Es posible que continuemos poniendo en filas a los niños a la hora de preguntarles la lección, para que "siga" el segundo de la clase lo que ha dejado sin concluir el primero? Me decís que tenéis necesidad de poner un numerito en el encastillado de las notas semanales y que son setenta los que forman la clase. ¿Pero quién os impone esta necesidad? ¿No será la rutina la que os impide pararos a pensar si será "ése" el mejor procedimiento?

Esa "nota", ese "numerito" no dicen nada a los padres acerca de los estudios del hijo, aunque los padres lo estén esperando todas las semanas. Creo que es un engaño más. Ese numerito semanal—el 10, el 8 ó el 3—es consecuencia de una rutina... antipedagógica. ¿No habrá que estudiar otros procedimientos de informar a los padres? ¿No creéis que hay que renovarse?

El que los padres estén esperando todos los sábados el notable en mgte-máticas no quiere decir nada. Los padres, por lo general, suelen entender poco de pedagogía. Para los padres—entre otras cosas—el gran triunfo, que contarán vanidosamente entre familiares y amigos, consiste en que su chico de doce años recién cumplidos apruebe el cuarto de bachillerato. ¡Pero no por eso les vais a dar la razón! A vosotros os digo ahora, padres orgullosos: ¿Se os ha ocurrido preguntar a los Profesores del chico si "eso" es un triunfo o un crimen? Me interesa, y os debe interesar, saber su

edad mental, para felicitaros o para aconsejaros que, aun habiendo "pasado" el examen, repita el curso.

No olvidéis, educadores, que hay que formar a los hijos y a los padres.

Todos los que actuamos como Profesores tenemos que ser más jóvenes de lo que somos. Necesitamos juventud de alma y una gran ilusión por estar con los pequeños. Estos no admiten que el maestro se "mortifique" al convivir con ellos.

El chico quiere ver en el Profesor un amigo, no un ogro, y menos un carcelero.

Indudablemente es más fácil poner mala cara de continuo para que los chicos no alboroten en la clase. Es más difícil ser amigo en la clase y fuera de ella, pero es más eficaz.

Es más sencillo castigar echando mano del Reglamento para aplicarles la sanción correspondiente a la pena que castigar personalmente, sin ira, utilizando argumentos de razón y de cariño..., pero esto es más deseable, porque se parece más a lo que se hace en un hogar que a lo que se practica en una cárcel. "El imperio de un reglamento rígido, que no sepa distinguir entre individuo e individuo, presenta sus peligros" (Pío XII). "Por poca desviación que interceda sera inevitable tener alumnos poco impuestos en el sentido de la responsabilidad personal, arrastrado casi inconscientemente por el mecanismo de los actos a un puro formalismo, tanto en el estudio como en la disciplina y en la oración. La estricta uniformidad tiende a sofocar el impulso personal; la inflexible urgencia en cumplir un reglamento fomenta a veces la hipocresía o también impone un nivel espiritual, que para unos será demasiado bajo y para otros, en cambio, inalcanzable; la excesiva severidad termina por cambiar los caracteres fuertes en rebeldía y a los tímidos en introvertidos y pusilánimes" (Pío XII).

Yo os comprendo —¡claro que os comprendo!— cuando os oigo decir que estáis hartos de niños. Cuando los Profesores comienzan a sentir jaqueca por el ruido de los chicos en los descansos entre clase y clase, lo mejor que pueden hacer es tomar pastillas contra el dolor de cabeza y dedicarse a otros menesteres que no sean los de la educación.

Si os molesta el ruido de los niños, más que hacerles callar, debe uno callar y marcharse.

Es la rutina la que lleva al profesor a descansar en los descansos, olvidando que se ha de estar tan activo, por lo menos, como en las explicaciones de clase.

La rutina lleva al maestro a dar una explicación sin prepararla, "porque ya se la sabe". Pero lo que no sabe es que una clase sin preparación sirve para poco.

¡No entendáis que dar una clase es repetir lo que el chico puede leer en su libro!

¿Cómo despertáis el interés de los alumnos al comenzar las explicaciones? Las clases sin diálogo, dejadlas para las conferencias de la Universidad. El chico necesita intervenir; las clases tienen que ser vivas. El alumno necesita comprender lo que más tarde ha de estudiar.

Yo siempre me pregunté de chico para qué habrían comprado aquellos aparatos de física que se quedaban llenos de polvo en las vitrinas. Indu-

dablemente alguien con ilusión los puso allí, después, con el tiempo, la ilusión se les llenó de polvo, por la maldita rutina de siempre.

Si también, por los malos hábitos adquiridos, preferís seguir con los métodos disciplinarios antiguos, allá vosotros. Yo prefiero un colegio-hogar —y muchos padres conmigo—, donde el chiquillo se encuentre a gusto, con confianza, en un ambiente de amistad.

¿Cuándo vamos a desterrar de nuestros métodos de castigo el del “arresto menor”? Continuamos arresando a los niños en los centros de educación, olvidando que ésa es una supervivencia del régimen napoleónico. Y Napoleón murió hace siglo y medio.

¿Pero cómo no nos damos cuenta de que los arrestados son siempre los mismos? ¿No nos dice nada acerca de la inutilidad de tales métodos?

Los castigados “a ir al colegio en los días de fiesta” son siempre los mismos. Y también son siempre los mismos los Profesores que arrestan a los muchachos.

¿No va siendo hora de ensayar nuevos procedimientos?

¿Más rutina? Si. Hay mucha rutina. Otro ejemplo lo tenéis en los castigos colectivos que todos hemos sufrido.

El castigo colectivo es lo más parecido que puede darse a un fusilamiento en masa. Siempre es una injusticia. Una injusticia utilizada como medida de defensa por el Profesor mediocre.

“Los niños nunca son iguales uno a otro, ni por inteligencia ni por carácter ni por las otras cualidades espirituales. Es una ley de la vida. Por tanto, han de ser considerados singularmente, ya sea para indicarles su modo de vida, ya para corregirles y juzgarles” (Pío XII).

“La vigilancia como el castigo deben ser personales, doblemente personales. Deben proceder de una persona y no de un sistema, ser explicados con un cierto tono de voz y con una determinada intención, y no inscritos en un registro; deben igualmente dirigirse a una persona y no a un alumno anónimo y “standard”. Deben orientarse hacia las tendencias y gustos del niño y no cifrarse con indiferencia aritmética en “horas” de reclusión o “días” de arresto” (Le Gall).

Un Profesor que para mantener silencio en la clase necesita echar mano del castigo, dar o quitar vales o amenazar con el puño, ni está convencido de lo que explica, ni tiene interés por enseñarlo, ni conoce la mentalidad de los chiquillos. Puede ser tal vez un conferenciante para gente culta, pero no un buen maestro.

Un maestro que no sabe reconocer sus errores y con aire presuntuoso llega a decir “que el profesor no se equivoca”—para no perder el necesario prestigio—, además de no decir la verdad—porque el profesor se equivoca como todo mortal—, es un insensato que nunca formará bien a sus alumnos.

Ni castigos colectivos ni castigos personales extravagantes.

Aunque parezca mentira, todavía existen Profesores que tratan de enseñar a sus alumnos haciéndoles copiar setecientas veces la frase: “El niño bien educado es honra y prez de la sociedad.”

¿Es que creéis que los pobres niños saben lo que es “prez”? ¿Y lo sabéis vosotros? Pues aunque lo sepáis, “tened entendido que lo único que conse-

guiréis es que estropeen la letra al escribir de prisa "prez" setecientas veces".

¿Es que que no se pueden inventar otros castigos más educativos?

Todos los castigos impersonales, excesivos, rigurosos, crean un mal ambiente en el Centro. Unid a esa meticulosa disciplina las filas, el anonimato, el ser un número entre muchos miles, la falta de preocupación personal por el alumno, la frecuente humillación pública, y habréis creado un clima, todo un clima carcelero, en el que los muchachos acudirán con frecuencia al engaño, la mentira y la hipocresía como medidas de protección contra el dolor y la humillación.

EL CONVENTO

Y si se ha de tener la idea clara de que un colegio no es ningún correccional, tampoco estará de más decir que tampoco el colegio es un convento.

Existe la costumbre, bastante extendida, de saturar a los chiquillos con actos piadosos, muchísimos más de los que se tienen en cualquier hogar cristiano. La misa diaria obligatoria, largas oraciones, muchas pláticas, frecuentes bendiciones con el Santísimo, etc. Está en la mente de todos. "Hácese esto con la idea, muy verdadera en abstracto, de que la piedad es útil para todo, y cuanto más haya de ella, mejor. Si preguntamos si los alumnos conservarán tales prácticas por extenso en su vida por venir, contestarán: Probablemente, no. Pero, a lo menos, les es muy conveniente que hagan mucho de esto durante varios años, mientras son jóvenes, que así conseguirán hábitos regulares, y si más adelante no lo practican todo, algo conservarán con más probabilidad que si sus prácticas de devoción en el colegio hubieran sido menos. "Está bien, contestamos—dice el padre Hull—mientras dé buen resultado; en algunos casos saldrá bien. Pero lo probable, en la generalidad de los casos, es que no resulte, y precisamente fallará en aquellos casos en que el fracaso será absolutamente desastroso."

En tema tan delicado es preferible que escuchemos todos la autorizada palabra de un Pontífice Romano: "Se han visto alumnos de colegios, incluso católicos, en los que no se ha tenido en cuenta la moderación, sino que se ha querido imponer un tenor de prácticas religiosas quizá ni siquiera proporcionadas para los seminaristas, descuidar, al volver al seno de la familia, los deberes más elementales del cristiano, como la asistencia dominical a la santa misa. Se debe ciertamente ayudar y exhortar al joven a orar; pero siempre en medida tal que la oración sea una dulce necesidad del aman (Pío XII).

EL NEGOCIO

La educación en serie o en masa sólo es aceptable por quienes tienen la idea de que la educación es transformable en negocio.

Tuve la ocasión de comprobarlo. Los dos se extrañaban de lo que ocurría: el director y el padre de los alumnos.

—¿Cómo quiere usted que conozca a sus tres hijos si son cientos y cientos los que tenemos en el Colegio?

Pero las razones del padre eran contundentes:

—¡Que son trillizos!—decía molesto el padre—. ¿Cómo no los conoce?

"Cuando los padres de los alumnos me preguntan por su hijo—me contaba un mal Director de Centro—, yo siempre les contesto lo mismo: "Necesita estudiar un poco más." ¿Cómo quieren que les conozca?"

Actuaste mal, amigo. ¿Que las necesidades actuales obligan a instruir a miles? Pues bien. No tendréis la culpa vosotros, Profesores, pero continuaremos formando en serie. Y en serie se puede enseñar la lista de los reyes godos, los ríos y los cabos de España, empezando por la derecha, y la lista de las fanerógamas. Pero ¿educar?, ¿formar? No.

"La instrucción actúa únicamente sobre la inteligencia; la educación se preocupa de la voluntad, de la sensibilidad, de la moralidad, del gusto, de las aspiraciones superiores del niño; no pierde de vista el ser individual de éste ni su ser social; pretende realizar el desarrollo armónico de todas las virtualidades que Dios ha puesto en el niño" (Kieffer).

COLEGIO-HOGAR

Un colegio-hogar es, por definición, lo contrario a un colegio-negocio; es decir, lo más opuesto a lo que Kieffer llama "una casa de lucro en la que con el menor gasto posible se puede alojar al mayor número posible de alumnos".

"Es preciso que cada uno se sienta objeto de especial atención por parte del educador y que nunca tenga la impresión que ser confundido y olvidado entre la masa, descuidado en sus peculiares necesidades, en sus exigencias y en sus debilidades, como si sólo contase su presencia física" (Pío XII).

El Centro de educación formará bien a sus alumnos en tanto en cuanto se parezca a un hogar cristiano, es decir, donde el chico no sea un número, sino un muchacho al que se le toma en serio, al que se le conoce por su nombre familiar, del que sabe su edad mental, sus virtudes, sus caprichos, su forma de estudiar, sus gustos, su carácter; un muchacho del que se conocen las posibilidades y dificultades que tiene para el estudio, y, por supuesto, cómo son sus padres y cuál es el ambiente de su hogar.

Precisamos colegios-hogares, donde los "tests" no se empleen para conocer las aficiones de los alumnos, sino para corroborar el conocimiento directo que se tiene de los chicos.

"De tal cuidado para cada uno de los alumnos nacerá en éstos el estímulo suficiente para afirmar y desarrollar su temperamento personal, el espíritu emprendedor, el sentido de la responsabilidad hacia sus superiores y condiscípulos, de igual modo que si viviese en el seno de una numerosa y bien ordenada familia" (Pío XII).

En un colegio-hogar, como en el seno de una buena familia, se debe fomentar la responsabilidad personal y la responsabilidad colectiva, tan importante como aquélla.

Necesitamos que nuestros chicos aprendan a trabajar en equipo.

Fomentemos la emulación personal, un amor propio sano es efficacísimo a todas luces. Pero desterremos la emulación combate.

La emulación combate consiste en alentar a unos hiriendo a los demás; y esto no suena a cristiano. No introduzcamos en nuestras clases una atmósfera de pugilato.

“Es desolador el ambiente de ciertas clases enervadas continuamente por clasificaciones y cambios de sitio, que colocan en el primer puesto a los triunfantes y en el último a los réprobos. Hasta hemos llegado a ver—en una clase, por otra parte excelente—¡un cuadro de honor! Esta emulación combate, que no eleva a uno más que por encima del cadáver de los demás, es para todos una herejía.

El maestro inteligente sabe dar cuenta a cada uno de sus faltas y de sus progresos sin compararlos con las faltas y progresos ajenos. ¿Qué necesidad hay de clasificar las composiciones?” (Le Gall).

Todo ello requiere un gran esfuerzo—¡quién lo duda!—, pero los profesores de un Centro de educación están para algo más que para limitarse a explicar una asignatura. Tan de acuerdo tiene que estar todo el profesorado de un Centro sobre las metas a conseguir con sus alumnos como lo han de estar los padres en el hogar.

Conozco a muchos y muy buenos Centros de formación, y en todos ellos he encontrado siempre una misma virtud flotando en el ambiente: la gran ilusión puesta en la formación de los alumnos. La ilusión humana, que disuelve toda rutina.

Si queréis que haya este ambiente de hogar en vuestro colegio—os aseguro que se consigue—precisa que lo viváis primero vosotros. Todo dependerá de las metas que os propongáis alcanzar. Todo dependerá de esas cuatro ideas que os hayáis forjado para la educación de los chiquillos.

Lo que puede parecer mentira se convierte en realidad: imponer el castigo de no ir al colegio, entre otras cosas; pero también algo que es mucho más importante: un clima de sinceridad y de lealtad donde se viven el respeto mutuo y una gran confianza entre profesores y alumnos.

Conseguido este ambiente y esta atmósfera de hogar cristiano, sobrarán siempre las filas, los castigos colectivos, los “chivatatos”, los puestos, la bofetada y los cuadros de honor.

GEOGRAFIA AGRICOLA DEL VALLE DEL DUERO O SUBMESETA NORTE

Por ISIDORO ESCAGÜES DE JAVIERRE
(Catedrático del Instituto masculino de Bilbao)

Ediciones de la Revista «ENSEÑANZA MEDIA»

Ptos. 12